

Un duelo necesario

Katábasis

LUCÍA ESTRADA

Tragaluz Editores, Medellín, 2018, 64 pp.

EN EL libro sexto de la *Eneida*, Eneas desciende al Hades y transita entre las almas de los muertos. Durante la travesía se encuentra con el alma de su padre Anquises, que aparece bebiendo las aguas del Leteo en la fuente del olvido. A las almas de los muertos las renueva el olvido. Con el suicidio de Dido en Cartago, esta escena es uno de los pocos recuerdos que preservó de la épica de Ovidio. Esta representación misteriosa del olvido, en la que se le asigna una función reparadora, paliativa y reconciliadora, me enseñó que la mejor literatura siempre estará fuera de órbita; en ella no hay una fuerza central que ate una certeza a otra, ni que impida que una serie de correspondencias surja junto a otra serie de correspondencias opuestas. En este sentido, lo primero que destaco de *Katábasis*, el último poemario de Lucía Estrada, es “la voluntad de seguir en pie sobre el hielo que cruje, bajo el ardor de tantas lámparas contradictorias” (p. 36).

Este intenso y enigmático poemario del descenso hizo que Estrada fuera galardonada con el Premio de Poesía Ciudad de Bogotá en 2017. Tal como el libro sexto de la *Eneida*, el poemario amplifica, profundiza y descubre las posibilidades y los puntos límite de múltiples descensos. En esta colección de poemas, la vida, la muerte y la escritura, entendida como una región extraña que tiende puentes entre un extremo y otro, se exploran desde el descenso, como si este fuera un idioma en el que la autora decide comunicarse para dialogar, cuestionar e interpelarnos. Aquí las preguntas, los cuerpos, las violencias, la hermandad y la soledad siguen un mismo movimiento: “¿Es necesario repetir las mismas preguntas hasta que una hoja caiga de un árbol?” (p. 59). En realidad, lo que hacen aquí las palabras, de manera original y efectiva, es repetir la caída de la hoja, el descenso en el que nos introducen las preguntas, más frecuentes a medida que avanza el libro.

El conjunto de poemas reunidos en el libro no es arbitrario, porque genera un descenso performativo. “Superficies”, “Subsuelo” y “Último descenso” son los nombres de las tres partes del poemario y los pasos a seguir, por lectores cómplices, para sumergirse hasta el octavo y “Último peldaño” (que es como se titula el último poema del libro). De este modo, es un libro que ha sido pensado como una totalidad, y el orden de los poemas garantiza la eficacia de la estructura.

En “Superficies”, el epígrafe de Paul Celan y el contenido de “Medusas”, el primer poema, anticipan que estos poemas están dirigidos a un otro, y que le exigirán algo: complicidad, el deseo de entregarse y descender a donde sea que vayan encaminados los poemas: “Abiertas medusas te rodean. Es verdad que todo tiende sus redes hacia ti en este instante. Quieres volver porque tienes miedo, pero ya es imposible” (p. 11). No entiendo bien por qué me entrego; los poemas están tan bien escritos y el libro tan bien armado que, cómplice y confiada, me dejo llevar. Se trata de una forma de leer que consiste en aceptar, sin preguntas, las normas de un juego ajeno. O quizá acepto porque siento que se lo debo a la poeta, a los poemas, porque siento solidaridad con su dolor y con la intensidad de su pasión y ofrenda. Sea por la razón que sea, en esta primera sección se está “cada vez más dócil al remolino, más cerca de la libertad de perderse” (p. 12).

“Superficies” marca los escenarios del descenso, las fuerzas, las razones, los viajes y estados espirituales que pueden sumergirnos. Nos encontramos con la pobreza, con el miedo, con distintas formas de violencia; pero también entramos en contacto con sumergimientos de naturaleza mística que podrían alcanzarse en sueños, o a través de imágenes difusas y ancestrales que tienden a la desaparición, al *no saber* y a la *no aspiración*: ofrenda de uno mismo a la nada. Esta sección está destinada a vaciar el espacio, y por ello el último poema es una “Negación de las superficies” en la que el coro del descenso nos atrapa: “Afuera brilla el mundo, pero cada línea te acerca más a nosotros y lo sabes” (p. 26). El libro abre un camino de lectura muy específico que es el descenso, y en este

sentido es un texto moderno, consciente de sí mismo. Su fuerza estriba entonces en el rigor de la estructura, en un enlace entre el contenido y la forma que conduce a la pérdida.

“Subsuelo”, la segunda parte, es menos una colección de poemas que nos suspende al borde del abismo y más un acercamiento al dolor de lo sumergido y a la culminación de un proceso de enmudecimiento que, sin darnos cuenta, comenzó en “Superficies”. Pero aquí incluso el silencio ha sido arrebatado y lo que queda es el silencio borrándose: los poemas. Rumores que vienen de la memoria, del olvido, y de sus zonas de confluencia. Hay sentidos contradictorios, fragmentados; hay huesos, trazos, cuerpos desmembrados. Este es un punto para hacer memoria, pero también para sumergirnos en el olvido, porque aquí “nada que no esté desde antes con nosotros puede herirnos” (p. 40). Por fortuna, solo entre los restos de aquello que puede herirnos es que podemos salvar algo: “Allí donde todo sucumbe, algo o alguien —acaso— logre saltar el impedimento; alguien o algo avance por fin a contracorriente” (p. 35). Entre Mnemósine y el Leteo, se trata de reparar y renovar, pero también es inevitable estrellar contra los límites.

Como si la confluencia entre la memoria y el olvido no fuera suficiente para sumergirnos en un océano de contradicciones donde diminutas certezas van apareciendo y desapareciendo como burbujas de oxígeno, “Último descenso” está dedicado a la permanencia y a la pérdida, y los poemas están atados por el hilo negro de la muerte: “Algo quedará en la página. Una estrella invisible, un mapa de agujeros negros, un grito sumado a la voracidad de otras aguas, de otras oscuras navegaciones” (p. 61). Esta parte es sobre la resistencia y el coraje, en diálogo con la celebración y el duelo. Se celebra el contacto y la resistencia entre el poema y el lector, entre el sujeto lírico y la muerte, entre el lenguaje y lo perdido, entre la memoria y el olvido. Y se hace un duelo para que, al cerrar el libro, hayamos transformado juntos el dolor. Así, *Katábasis* es un libro de poesía interactivo, ético y político, que invita a la solidaridad, la complicidad y la confrontación. Es una obra que no acolita la pasividad,

sino que involucra y guía al lector. En el marco de la poesía y de la realidad colombiana actual no sorprende que haya sido galardonado con el Premio de Poesía Ciudad de Bogotá, pues el camino órfico por donde conduce al lector al duelo es único y necesario.

Tania Ganitsky